

A21

AA4413

EL MERCURIO — Jueves 17 de Septiembre de 1990

Jaime Eyzaguirre: 30 Años Después

Jaime Eyzaguirre llegó a la historia, como muchos, desde el Derecho, y, en lo más específico, desde la genealogía. A menudo recordó que esta última disciplina, que lo acercó al documento y le enseñó el rigor y la cautela metodológicos, lo cautivó con fuerza por algunos años, al punto de que hubo de hacer un esfuerzo serio para incorporarse en forma decidida al campo más amplio de la historia. Pero es interesante esta formación temprana, porque siendo autodidacta y ajeno a la historia como profesión —y, por ello, receptor tardío de las últimas corrientes historiográficas— pudo anticiparse y descubrir, de manera intuitiva, el enorme potencial que para la historia tiene la referida disciplina. Al terminar su vida nos entregó un pequeño y valioso trabajo que es una aproximación prosopográfica a la Independencia y que abre novedosos campos de investigación. Hace poco el destacado americanista francés François-Xavier Guerra aludía a su interés en abordar la historia de la emancipación desde una perspectiva prosopográfica, que estima como la forma más provechosa de tratar una materia sobre la cual supuestamente está casi todo dicho.

¿Cómo se forma un historiador aficionado, como lo fue Eyzaguirre y mayoritariamente lo fueron los chilenos hasta el decenio de 1960? De manera no muy diferente a un profesional: leyendo de manera sistemática y trabajando día tras día y año tras año en los archivos. Leyó mucho sobre historia de España y de Chile, sobre historia de América y sobre historia del Arte. Conocía a nuestros cronistas, había trabajado los historiadores de la Independencia y la colección de documentos sobre ella. De las historias grandes, nunca miró con simpatía la obra de Barros Arana, por su falta de equilibrio, pero le reconocía su valor: "Fíjense siempre en las notas de Barros Arana", solía recomendar. Alababa los cuadros pintados por Vicuña Mackenna, pero ponía en guardia contra sus excesos imaginativos. Para él resultaba sorprendente que un acérrimo liberal como Vicuña hubiera logrado penetrar mejor que otros en la desconcertante personalidad de Diego Portales, de manera, subrayaba con ironía, que quien comenzó a escribir una obra contra ese personaje concluyó enamorado de él. Valoraba a Sotomayor Valdés y miraba con desconfianza los desbordes interpretativos de Edwards y Encina. En algunas ocasiones expresó su reconocimiento a dos autores que, según sostenía, le resultaron fundamentales para su comprensión del fenómeno de la emancipación: el francés Marius André y el español Manuel Giménez Fernández. El primero fue autor de un breve libro, traducido y publicado en



Jaime Eyzaguirre (1908-1968)

España en 1939, "El fin del imperio español en América", y el segundo, antes de sumergirse en sus investigaciones en los papeles colombinos, publicó en 1946, en el tercer volumen del "Anuario de Estudios Americanos", un trabajo que fue revelador para Jaime Eyzaguirre: "Las doctrinas populistas en la independencia de América".

Es sabido que Eyzaguirre abarcó muchas áreas de la historia y que su propósito último era el de ofrecer una visión amplia y comprensiva de nuestra propia historia, tarea que quedó inconclusa. Pero esta idea había ido tomando cuerpo lentamente merced a sus cursos de historia del Derecho. Durante varios decenios, esa disciplina abarcó dos años: en el primero se abordaba la historia del derecho peninsular y en el segundo, la del derecho indiano y chileno.

La cátedra le permitió ponerse en contacto con los jóvenes y hablar con ellos de lo único que importa: de la historia de la salvación

Al revisar los apuntes de sus clases, en especial de las que dictaba en el segundo año, se advierte que la historia del Derecho propiamente tal iba dejando un amplio cauce a la historia general. Sus alumnos no dejaban de advertir el deslizamiento hacia la historia política y social. Eyzaguirre jamás aludió a ese punto en sus clases, pero años después, y ya como ayudante de su cátedra, supi-

mos que no le interesaba la historia del Derecho. Pero la rigurosa periodificación tan característica del derecho histórico tal vez le dio una útil y en cierto sentido novedosa clave para abordar de otra manera la historia de Chile.

En el plan de las revelaciones que surgían en las largas tertulias con que se continuaban nuestras jornadas de trabajo hubo otras de mayor interés: enemigo de las modas, jamás pudo abordar la historia económica, que hacía furor en el decenio de 1960. Aunque no habría suscrito el desafiante postulado de Néstor Meza de que la única historia posible era la política, Eyzaguirre pensaba más bien en la historia política, en la social y en la institucional, suma que daría esa visión totalizadora que perseguía. No es casualidad que esos tres adjetivos fueran los que llevó la revista que creó en la Universidad de Chile y que concluyó con su muerte.

Pero tal vez la más sorprendente de esas revelaciones, y que hizo ante varios de sus ayudantes, fue que tampoco la historia estaba entre sus primeras prioridades. Fue para mí una sorpresa oír eso, aunque, de haber tenido entonces más sensibilidad para los pequeños detalles, lo habría descubierto sin dificultad. Porque lo verdaderamente importante para Eyzaguirre era la docencia. No es del caso recordar aquí el brillo de sus clases, seguidas por un alumnado que se apasionaba con sus exposiciones y que discutía con vigor sus afirmaciones, en especial en la Universidad de Chile, lo que siempre era bien recibido por Jaime Eyzaguirre, que amaba la polémica. Bien sabemos que la clase continuaba en forma peripatética con un grupo que lo seguía hasta su casa en la calle Seminario. Algunos distinguidos profesores escribieron, con motivo de la muerte de Eyzaguirre, sobre sus notables cualidades pedagógicas. No era un técnico en la materia; era también un aficionado. Pero era profesor por necesidad, porque tenía mucho que comunicar. Y en una tardía revelación nos pudimos explicar por qué Jaime Eyzaguirre había abandonado todo para dedicarse a la historia y a la docencia: porque la cátedra le permitía ponerse en contacto con los jóvenes y hablar con ellos de lo único que realmente importa: de la historia de la salvación.

Al morir Jaime Eyzaguirre, un religioso muy próximo a él lo definió como apóstol laico. Y hoy, 30 años después, estamos comenzando a calibrar la dimensión de su profunda religiosidad, esencialísimo elemento diferencial que lo hace una de las más importantes y atípicas figuras de la historia espiritual chilena de nuestro siglo.

Fernando Silva Vargas

Jaime Eyzaguirre, 30 años después [artículo] Fernando Silva Vargas.

AUTORÍA

Silva Vargas, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jaime Eyzaguirre, 30 años después [artículo] Fernando Silva Vargas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile